



V A R I A



DE ALICANTE

Juan Andrea Ulio ¿1640-1686?

por

Gonzalo Vidal Tur, Pbro.

Nada en Alicante se puede decir con certeza de los artistas que intervinieron en las pocas obras de arte que en él existen. Cean y Pons, en los principios de este siglo, se ocuparon de algunos de ellos, aunque de manera vaga, pues ya en su tiempo se notaba la falta de documentos y archivos en los que debiera conservarse todo cuanto investigarse pudiera. El Archivo Municipal poco contiene, pues incendios, bombardeos y otros desgraciados accidentes, como la incuria de los indoctos, que lo han dejado tan exhausto que apenas se conservan en él papeles desde 1700; el de la Colegiata, si bien no ha desaparecido, se puede decir que existe sin ordenar ni fichar, sirviendo de pasto a polillas y ratones; menos mal que de ello están libres los libros parroquiales. El de Santa María ni en el recuerdo se conserva. Los de los siete conventos que en Alicante existían, la desdichada ley de Desamortización y el deplorable modo con que la llevaron a cabo, terminaron con todos; ni rastro ni memoria quedan de ellos; sólo pudieron conservarse sus inventarios, a cambio de dos arrobas de papel viejo de periódicos. Resultado: que es casi imposible investigar los artistas que en edades pasadas contribuyeron en Alicante a desarrollar lo bello por artístico, y mucho menos el poner en claro a los autores de las pocas obras artísticas que aun se conservan en sus templos, conventos y monasterios.

Así las cosas, nos ocupamos del arquitecto, pintor y escultor Juan Andrea Ulio, que es desconocido no sólo en su personalidad, sino también en sus bellas producciones artísticas, hasta de sus mismos compatriotas.

¿Quién era Ulio? No lo sabemos. ¿Cuándo nació? Tampoco lo sabemos. ¿Quiénes fueron sus maestros? Lo ignoramos. ¿Cómo y por qué vino a establecerse en Alicante? Cosa es que permanece en el silencio. Sólo sabemos de manera cierta que era de Milán y que apareció en Alicante allá por los años 1640 a 1645, y que al poco tiempo de residir en esta ciudad, el clero de la parroquia de Santa María le nombró su fabriquero. Honroso nombramiento que al parecer tuvo por base la gran competencia que Ulio había de-

mostrado en la edificación de varios edificios particulares, entre los que descollaba el que habitaba y pertenecía al caballero alicantino don Juan Ferrer.

Que Ulio fué hombre de vastísimos y sólidos conocimientos, artista de grandes vuelos y de indiscutible mérito, lo demuestran sus notables y bien acabadas obras que ostentan inspiración, fantasía y originalidad.

Durante los treinta y seis o cuarenta años que vivió en Alicante realizó trabajos que embellecieron el templo de Santa María. Como arquitecto construyó dos magníficas bóvedas sepulcrales, con sus bocas de mármol, dedicadas para los pobres de solemnidad, donde empleó para sus paredes y suelos la piedra llamada *javalina*. También fueron obras suyas todas cuantas sepulturas existen en dicho templo. Antes eran vulgares zanjas, pero Ulio las cubrió de hermosas y bien construídas bóvedas, y todo a costa suya, para cobrarlas después paulatinamente.

Obra suya fué también la antigua escalera, que desde la plazuela del templo conducía a la calle de la Palmereta (hoy (Jorge Juan) y que años después convirtió en rampa, reformando dicha plazuela como hoy se encuentra, por encargo del entonces justicia de esta ciudad Micer Pedro Martínez de Vera, y edificando la calzada que permitía a los coches su acceso con toda comodidad.

Con la realización de los planos, que en gran parte dirigió, de lo que fué convento de monjas Capuchinas, dió una prueba más de su pericia y vastos conocimientos en arquitectura. Ello también prueba que en 1675 Ulio todavía residía en Alicante.

Donde sobresalió su valor artístico, su genio e inteligencia como escultor y artista nacido en hermosa y poética tierra, donde no se respira más que arte en todas sus manifestaciones, fué en aquellas obras que, como imperecedero recuerdo, nos dejó, y que bien merecen las saquemos del olvido a que han estado relegadas. Son, a saber: una pila bautismal, dos para agua bendita dentro del templo y un lavatorio en la antesacristía; por cierto que las tres últimas, durante la pasada revolución, han sufrido lamentables pérdidas y deterioros.

La pila bautismal, la más importante y bella, consta de un hermoso pedestal o base de un metro de altura. Una torneada columna, con cuatro artísticas figuras de niño, sostiene con las cabezas de los referidos niños la lindísima taza de 1'56 metros de diámetro. Es de un puro renacimiento y en su círculo, formado de elegantes moldurajes, aparecen en alto relieve seis medallones ovalados, rodeados combinadamente de hojas de acanto. El medallón que aparece al frente representa el bautismo del Salvador. Su encantadora figura está en primer término, bañada por el Jordán. Las aguas cubren los pies de Jesús, y el Bautista, en la orilla derecha, echa sobre la cabeza del Redentor el agua de la ablución. El fondo representa uno de los más bellos paisajes del evangélico río. Los restantes medallones contienen escenas que tienen lugar en los alrededores del Jordán. En ellos se aprecian lindísimas figuras, de unos doce milímetros de relieve, de hombres y niños jugando en las aguas con conchas y caracoles. Caballos, camellos y plantas se vislumbran por doquier. Un bello templete toscano, de 60 centímetros de altura, sale del centro de la taza y en sus cuatro frentes aparecen esculpidos en alto relieve los atributos del Bautismo y de la Pasión del Redentor.

Toda la pila es de mármol blanco y de riquísima ejecución, tanto en el conjunto como en los detalles.

¡Lástima es que esta obra de arte no esté situada en local más *ad hoc* para poder mejor apreciarse! Pues donde se encuentra, al fondo de la primera capilla, derecha entrando al templo, dos de los medallones quedan fuera de vista por estar casi pegados a la pared.

La segunda en mérito artístico era la pila de agua bendita, en mármol blanco, que existía a la derecha entrando a la nave por la puerta principal. Medía unos dos metros de altura, en su totalidad ovalada.

La formaba un zócalo torneado del mejor gusto, hoy desaparecido por la incuria de los revolucionarios; a él se adherían cuatro bellísimos niños que sostenían con sus cabecitas la taza, de 1'40 metros de larga, adornada en la parte exterior con lindas molduras corridas, en cuyos centros se ven en alto relieve cuatro hermosas cabezas carátides o mascarones, de acabada ejecución. Tenía por remate y saliendo del fondo de la taza, una base que llevaba sobrepuesta otra de almendrado rosado; ambas sostenían primorosa Asunción, titular del templo, de admirable factura, tanto en los desnudos como en los plegados del vestido. Acusaba esta imagen el antiguo arte de Grecia. El conjunto era de lo más notable de la parroquial iglesia.

Hoy, después de la referida guerra revolucionaria, encontramos esta pila junto a la primera columna, derecha entrando al templo, y la encontramos mutilada y sin gusto restaurada. La Asunción y la base rosada han desaparecido, lo mismo que el zócalo sostén de la pila, que se ha reemplazado por un pilón de cemento, que hace desmerecer a lo que resta de aquel bello conjunto.

No menos valioso era el aguamanil que había en la sacristía, de mármol blanco y con tendencias churriguerescas, que en el momento de su ejecución comenzaban a infiltrarse con sus recargadas ornamentaciones.

Sostenía su primera taza un zócalo moldurado y adornado con un colgante en el centro, conteniendo frutas, flores y hojarascas. La taza tiene forma de gran concha acanalada, de buen efecto y admirablemente esculpida. Finalizaba el conjunto con un segundo cuerpo adosado a la pared, semejante a un capitel dórico invertido, adornado con hojas de cardo, y servía de soporte a una segunda taza, depósito de agua, que guardaba uniformidad con la primera. Tres semicírculos la formaban, rodeados de una elegante moldura, y en la parte inferior y en cada uno de ellos, una cabeza alada de niño, por cuya boca aparecía el grifo.

Este hermoso lavabo estaba colocado en el interior de un nicho de magnífica portada. Dos columnas sostienen un friso, todo de piedra del país.

La incomprensión y persecución religiosa de 1936 desvalijó esta bella obra. En el lugar donde se encontraba hoy sólo aparecen el nicho y la portada, con los resquebrajamientos pétreos, ocasionados por la acción violenta de arrancar el artístico aguamanil. La taza, en forma de concha acanalada, sostenida por un zócalo con colgante, aparecen adosados, en servicio de pila de agua bendita, a la primera columna, derecha entrando al templo.

La cuarta pila de Ulio se encontraba casi enfrente de la bautismal, adosada en la segunda columna de la nave central izquierda. Era, como las demás, de mármol blanco. Su base, ejecutada a torno, de buen gusto, sostenía un plato esculpido en su parte inferior, formando un gracioso rosetón. Hoy no aparece por parte alguna. Tal vez se destruyera por aquella persecución.

A Ulio se deben también los dibujos de la puerta de hierro, con adornos de bronce, que separa el antiguo baptisterio del resto del templo (hoy capilla del Santísimo Cristo del Mar). Fué puerta de entrada al templo el día de Jueves Santo; durante el resto del año, luego, se guardaba en este recinto el monumento de Semana Santa y otros enseres del templo. Esta reja es admirable por su rica ornamentación del más puro renacimiento.

Como pintor, Ulio podría ser tratado también. Desgraciadamente sus frêscos que decoraban el mencionado primitivo baptisterio han desaparecido por completo; sólo quedan insignificantes fragmentos que nada expresan; poco dicen, por lo que no se puede apreciar debidamente lo que en pintura al fresco valdría el artista. No obstante, su indisputable mérito pictórico lo proclamaba la obra al óleo que nos legó y que se conservó colocada sobre la actual pila bautismal. Representaba el bautismo de Cristo. En ella se descubrió que era un magnífico dibujante y un gran colorista de la escuela veneciana o holoñesa, pues no otra cosa se desprende de la factura de aquella magnífica obra, hoy también perdida.

Tras lo dicho, poco se debe añadir de Ulio, ya que pocas son las noticias que de él a nosotros han llegado, y éstas dolorosas y sensibles.

No se sabe ni en qué fecha ni por qué motivos desapareció de Alicante; el caso es que lo encontramos fuera de esta ciudad, en Mallorca, no gozando de una posición desahogada, no produciendo obras nuevas que le dieran más renombre y fama, sino, al contrario, lo encontramos en situación deplorable, ocupando la triste cama de un hospital y sostenido por la caridad evangélica; cama en la que entregó su alma al Creador. Se desconoce la fecha de su muerte. Debió ocurrir por los años 1686 a 1688.



La capilla de Santa Magdalena en el castillo de Onda

por

Mario Hernández y Sánchez-Barba

Sobre el castillo de Onda se ha escrito mucho; pero de la capilla de Santa Magdalena, levantada en el interior del castillo, nada o casi nada se ha dicho por ningún historiador. El castillo de Onda perteneció —como sabemos— a la Corona real hasta que en Valencia, a 7 de diciembre de 1280, Don Pedro III hizo un cambio con los hospitalarios, en virtud del cual permutó el castillo y villa de Amposta por los castillos y villas de Onda y Gallur. De entonces data la fundación del priorato de Onda, bajo la advocación de Santa Magdalena. Este priorato fué renovado por la orden de Montesa en el capítulo general que tuvo fray Pedro Tous en San Mateo, el 25 de mayo de 1330. Viciana estuvo en Onda registrando sus archivos el año 1562 y no vió la capilla de Santa Magdalena, ni la cita siquiera, a pesar de mencionar las iglesias Mayor, de San Miguel, de Santa Margarita y de Santa Bárbara y los conventos de franciscanos y carmelitas. La razón es muy sencilla. El castillo estaba entonces ya muy arruinado y la capilla, completamente cerrada al culto ya, en bastante abandono y casi por completo derruída.

Para subsanar este vacío en que ha quedado la que fué del priorato tercero de la orden de San Juan y después de la de Montesa, daremos a conocer lo que era esta capilla en el siglo xvi, según se deduce de unos inventarios que se custodian en la Sección de Hacienda del Archivo Regional de Valencia.

Fué nombrado comendador de Onda fray Benito Roca, y siguiendo la costumbre establecida, antes de tomar posesión encargó a su lugarteniente Luis Pérez de Banyatos, ciudadano y vecino de Onda, que procediese a hacer inventario de todos los bienes de la encomienda. Así lo hizo en 23 de marzo de 1576, ante el notario Marco Antonio Pérez, ejerciendo de testigos los honorables Gaspar Sancho Fuster y Pedro Sanz Pastor, vecinos ambos de Onda. En este inventario figura, entre otras cosas, lo siguiente: «Passaron a una capilla que hay dentro del Castillo bajo invocacion de Santa Magdalena y encima del altar encontraron la ropa y cosas siguientes: 1.º, una imagen de Santa Magdalena; 2.º, un misal viejo de pergamino manuscrito; 3.º, una cortina de pared con diversas figuras; 4.º, tres pequeños retablos de madera con diferentes figuras; 5.º, una casulla vieja de groch y tenat, un camiz, un hamit y cordó; 6.º, una estola y un manipulo; 7.º, dos tohallas de lienzo la una obrada de grana y la otra llana; 8.º, un altealtar viejo con listas moradas; 9.º, otro altealtar de cortina muy viejo; 10.º, dos cruces de madera, una encima de la pila de agua bendita; 11.º, una lámpara; 12.º, una campana pequeña.»

Veintitrés años más tarde, en 1599, se hizo un nuevo inventario por fray Bartolomé Perales, presbítero de Montesa, ante el notario Cosme Lloréns

Riudaura, por orden de fray Benito Roca, comendador de Benicarló y Vinaroz y sustituto del lugarteniente general de Montesa. En él, después de citar las caballerizas, se ocupa de la capilla diciendo: «Al extremo de las caballerizas hay una capilla bajo la invocación de Santa Magdalena, la mitad de ella está completamente derruida. Tiene su puerta, pila de agua bendita y un bastimento para una campanita que no está. Encima del altar se encontró una imagen de Santa Magdalena de yeso, cubierta con una cortina de lienzo, pintada de pincel, toda destrozada. Un retablo viejo donde está pintada la figura de Nuestro Señor. Otro retablo pequeño donde están pintadas unas muertas.»

Extrañados de no encontrar las otras cosas reseñadas en el inventario de 1576, se hicieron indagaciones y supieron que en poder de Miguel Ibáñez se encontraban desde hacía muchos años estos bienes muebles, y se hizo inmediatamente un inventario como sigue: «1.º, un retablo de madera dorada con tres dados; en el del medio está pintado el descendimiento de la cruz, encima de este en la cornisa del retablo esta pintada la Santísima Trinidad y en el otro lado el gloriosísimo San Cristóbal y en el otro el glorioso San Martín y al lado de dichos cuadros en la guarnición del retablo están pintados a un lado el arcángel San Miguel y al otro San Rafael; 2.º, una caja cuadrada de madera donde había una cruz de cobre plateada con las figuras a un lado de Cristo crucificado plateado y al otro lado la de Nuestra Señora con el Niño Jesús al brazo con algunas medallas de San Jorge, San Juan y otras imágenes; 3.º, el *bordó* de dicha cruz de madera embarnizado de bermejo con un pomo dorado con cuatro *redons*, en dos de ellas están esculpidas y pintadas dos cruces bermejas de San Jorge y en las otras dos hay señaladas dos señales azules a modo de flor de lis; 4.º, un frontal de tela blanca del pie del altar, pintado con pincel la figura de Cristo con la cruz a cuestas y otras figuras; 5.º, un ara de piedra blanca de decir misa; 6.º, unas tohallas de dicho altar de lienzo de 4 *alues* de largo obradas por un lado de seda de grana viejas; 7.º, otras tohallas de lienzo blanco, viejas, agujereadas y empedazadas de 4 *alues* de largo; 8.º, una cortinita de hilo en *pua llistada* de morado y carmesí, con unas baguetes rojas a un lado, muy vieja; 9.º, un hamito de decir misa con sus cintas, viejo; 10.º, un *camiz* de lienzo viejo y agujereado; 11.º, una estola y un manipulo de lienzo *llistat de tenat franchat*, viejos; 12.º, un cordón blanco para ceñirse lo *cámis*; 13.º, una casulla para decir misa de rojo y amarillo de damasco con la cinta de detrás de muchos colores forrada de tela roja, agujereada y empedazada; 14.º, un misal de pergamino virgen escrito de letras de mano antigua, viejo con las cubiertas de becerro rojo con unos escuditos en medio de la cubierta y una línea azul atravesando dichos escudos; 15.º, un *bernat* de hierro de puerta; 16.º, un badajo de la campanita que había en dicha Capilla.» Estas tres cosas últimas las tenía en su poder Pedro Gavaldá, «*peaire*» de Onda.

Después de todo lo que se nos da en estos inventarios del siglo XVI es fácil darse cuenta rápidamente de cómo se disponía interiormente la capilla y de la importancia que en la vida del castillo tuvo, así como también gracias a ellos tenemos una noticia exacta de cómo se encontraba adornada y cuáles eran las vestiduras del sacerdote.

Estas razones, sumadas con la inexistencia de una noticia histórica detallada de esta capilla, nos han decidido a publicar esta nota, más que como aportación histórica, como curiosidad.